

Lunes XXX del TO
Ciclo A



30 de octubre de 2023

Rom 8,12-17

Sal 67

Lc 13, 10-17

P. Eduardo Suanzes, msp

Por Pablo sabemos que es el Espíritu Santo el que infunde, en el corazón, el sentimiento de la filiación divina, el que nos hace sentirnos (¡no sólo sabernos!) hijos de Dios: «*Ese mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios*». A veces, esta operación fundamental del Espíritu se experimenta de forma repentina e intensa. Se tiene, en un momento, la experiencia de lo que es saberse hijo de Dios. Otras veces, en cambio, esta revelación del Padre va acompañada por un sentimiento de la trascendencia de Dios tal que nos sentimos abrumados y decir «Padre» llena el corazón de profundo respeto y humildad agradecida. De Santa Catalina de Siena, su confesor y biógrafo, el beato Raimundo de Capua, escribe que «difícilmente llegaba al final de un "Padre nuestro", sin estar ya en éxtasis»¹. Pero otras veces, también, la pronunciamos con respeto pero sin ningún sentimiento especial y es igual de fuerte, porque desde nuestra honestidad es el Espíritu Santo quien la pronuncia, independientemente de mi sentimiento, e igualmente nos implica.

Porque cuando san Pablo habla del momento en que el Espíritu irrumpe en el corazón del creyente y le hace gritar: «*¡Abba!*», alude a este modo de gritarlo, a esta repercusión de todo el ser, e implicación de toda la persona en ese grito.

En realidad, cuando se habla de la exclamación «*¡Abbá! ¡Padre!*», solemos pensar sólo en lo que esa palabra significa para el hombre que la pronuncia, en lo que a nosotros se refiere. Casi nunca pensamos en lo que significará para Dios, que la escucha, ni en lo que producirá de sentimientos en él. No se piensa en la alegría de Dios por sentirse Padre del hijo que la pronuncia. Si para cualquier padre supone un sentimiento de profunda ternura cuando su hijo lo llama «papá», me pregunto, ¿qué no sentirá Dios cuando desde lo profundo decimos Abbá?; como dice el profeta Oseas, poniendo en boca de Dios: «*Mi corazón se conmueve dentro de mí, y a la vez se estremecen mis entrañas*»². Y esto, aunque no sintamos nada cuando decimos «Abbá»

Podríamos pensar que al rezar el «Padre nuestro» falta la alusión al Espíritu Santo. Es por eso que en algunos códices antiguos se intentó remediar esta aparente laguna añadiendo, tras la invocación del pan cotidiano, las palabras: «que el Espíritu Santo venga a nosotros y nos purifique». ***Pero es más sencillo pensar que el Espíritu Santo no se encuentra entre lo que se pide, precisamente porque es quien las pide.*** «Dios envió a nuestro interior el Espíritu

¹ RAIMONDO DI CAPPUA, OP. *Legenda Maior*, 113. *Vida di Caterina da Siena*. Ed. Paoline

² Os 11, 8

de su Hijo, que grita: ¡Abbá! ¡Padre!»³: es el Espíritu Santo, pues, el que entona en nosotros el «Padre nuestro», y, sin él, quien grita « ¡Abbá!», grita en vacío⁴.

Pasando al Evangelio, para los evangelistas (cristianos de finales del siglo I), Jesús ha sido resucitado por Dios, y esta resurrección ha confirmado la acción que Dios realizó en la persona de Jesús de Nazareth durante su vida pública. Jesús es el Cristo salvador que abre las puertas a una nueva dimensión de la realidad: la irrupción amorosa de Dios en la vida de los hombres, de cada hombre. Las sanaciones pasan, así, a convertirse en un signo simbólico de sanación no sólo para los que fueron curados de dolencias en el pasado, sino también ahora para todos, (para nosotros), los que reciben la «buena noticia» que fue Jesús y que es ahora el Cristo resucitado.

Por tanto, más allá del hecho físico de las curaciones de Jesús éstas encierran un significado teológico más profundo, son como el soporte de verdades más centrales que tienen que ver con Dios y con nosotros. Non son los relatos de las curaciones de Jesús, como el de esta mujer, simples narraciones o meras crónicas históricas de hechos: **las sanaciones son «portadoras» de evangelio, de buena noticia para nosotros**. Buena noticia de sanación, de liberación, de ruptura de todas las cadenas que atan al ser humano, que lo postran, incluida la de la muerte.

Esta mujer estaba encorvada, símbolo de la gran miseria: dieciocho años con la dolencia a cuestas, sin poder erguirse, completamente aplastada, siempre inclinada hacia la tierra, sin poder dirigir la mirada hacia arriba. Y Jesús se enfrenta a esta situación y por su acción esa mujer queda desatada. Se ve liberada de su atadura, se yergue: Jesús ha venido a «proclamar libertad a los cautivos y recuperación de la vista a los ciegos», como decía Lucas al comenzar su evangelio.

Pero el jefe de la sinagoga no conoce las señales del tiempo. Es uno de esos hipócritas que saben interpretar correctamente las señales en la tierra y en el firmamento, pero se hacen refractarios al alborear del tiempo de salvación y por eso no interpretan tampoco debidamente las señales que se producen. Su interpretación de la ley, su aferrarse encarnizadamente a la tradición humana, su inaccesibilidad al amor y a la misericordia con una persona afligida le quita la posibilidad de comprender debidamente el tiempo.

Pero con Jesús, la mujer recobra su dignidad, se ve libre de las cadenas que le habían echado encima el sistema de pureza aplastante y es tratada por Jesús como «hija de Abraham». Jesús redime de la pesada carga que había impuesto a los hombres la interpretación de la ley. Por eso dice también: «Hallarán descanso para sus almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera»⁵.

³ Gal 4,6

⁴ Cfr. RAINIERO CANTALAMESSA. *La vida en el señorío de Cristo*. Editorial Cultural y Espiritual Popular S.L (EDICEP), 1991

⁵ Mt 11,28